

La mentalidad histórica del chileno

Cristián Gazmuri* 22 de abril de 2006

"Lejanía, aislamiento, pobreza y guerra".

*El historiador Cristián Gazmuri, autor, junto a Rafael Sagredo, del libro **Historia de la vida privada en Chile**, convertido en super ventas, analiza en este ensayo los rasgos que han marcado nuestra identidad e intenta desmitificar otros para terminar preguntándose por qué "este Chile que hemos visto se está alejando".*

Los rasgos mentales que quiero destacar como históricamente presentes en el chileno hasta la primera mitad del siglo XX son varios. En primer lugar la conciencia de habitar en un lugar lejano; distante de lo que han sido los polos de cultura avanzada que ha tenido el planeta Europa en lo fundamental durante la existencia de nuestra nación: el síndrome de lejanía. "Aquí donde otro no ha llegado, escribía ya en el siglo XVI Alonso de Ercilla Zúñiga". Los primeros mapas señalan las tierras de Chile como "Finis Terrae". Jaime Eyzaguirre recoge esa denominación y le agrega el adjetivo de "antípoda del mundo". En los cantos de marinos europeos "llegar hasta Valparaíso" era sinónimo de estar al otro lado del planeta. Y más aislados hemos estado aún de otras altas culturas, no europeas. Diferente era el caso en la época precolombina en relación al Imperio Inca. Pero entonces, "Chile", en tanto la unidad histórico-geográfica que conocemos hoy, no existía.

Lejanía, en primer lugar. Un segundo rasgo mental, aislamiento. Hasta hace unos 100 años Chile era casi una isla, especialmente durante los inviernos. Encerrado de oeste a este entre el inmenso Océano Pacífico, sin una costa con buenos puertos naturales y la barrera casi infranqueable (durante muchos meses) de la cordillera de Los Andes. De norte a sur el Desierto "El Despoblado" de Atacama y el Cabo de Hornos, con el mar más feroz del planeta, su aislamiento era casi total. Llegar o salir de Chile era una verdadera aventura y el viaje tomaba muchos meses.

Nuestra geografía creo que nos ha dado asimismo un rasgo que ha sido constante en nuestra historia, el estoicismo frente a lo que Rolando Mellafe llama el "acontecer infausto". La Colonia es una secuencia de terremotos, sequías catastróficas, salidas de cauce de los ríos; los que sumados a guerra semi permanente con los Araucanos, parece habernos preparado para enfrentar con estoicismo el mal que sobreviene: el pánico e histeria colectiva en los primeros días dan paso a un fatalismo quieto, a un recomenzar espontáneo.

También nos ha caracterizado la pobreza. Chile fue, hasta 1830, posiblemente la sociedad más pobre de la América Iberoamericana. No producía gran cantidad de metales preciosos, ni alimentos o productos tropicales de alta demanda en Europa, como azúcar, café, cacao, tabaco, o después caucho. Los viajeros que nos visitaron durante el siglo XIX, junto con señalar la belleza del paisaje destacan las muy

precarias condiciones de vida de los chilenos, incluso de las familias más pudientes, cuyas casas combinaban algunos muebles, alfombras y trajes europeos con el piso de tierra apisonada, muros de adobe y techos con las vigas de canelo u otros árboles autóctonos a la vista. Los edificios públicos fueron muy modestos hasta muy entrado en siglo XVIII, cuando se construyeron el puente de Cal y Canto, la casa de Moneda y algunas iglesias de más pretensiones. Esta pobreza terminó, entre la oligarquía al menos, hacia mediados del siglo XIX. Pero todavía, excepción hecha de familias ricas que ahora pasaban largas temporadas en Europa y construyeron casas imitando las europeas, y que lo último que se podría decir de ellas era que eran sobrias, pero el estilo rústico se conservó, si no en Santiago, sí en los fundos y en ciudades de provincia hasta el siglo XX. La alta burguesía decimonónica de Valparaíso constituiría la excepción. Pero no quebró esta realidad en términos generales.

Este síndrome de lejanía, aislamiento, catástrofes y pobreza creo que ha marcado el comportamiento de los chilenos en el pasado. Tímidos y apocados, también sobrios, solíamos ser poco aficionados a aparentar. Espontáneamente, hemos tendido a rehuir los primeros planos (con excepciones por cierto). La persona que llamaba la atención y ostentaba su riqueza o su poder era mal vista. El exhibicionista no despertaba simpatía ni admiración. Más bien se le acogía con ironía. La sobriedad era considerada una virtud nacional y me parece que hay sólo tres épocas de nuestra historia en que este rasgo se ha quebrado: transitoriamente, entre la oligarquía hacia comienzos del siglo XX enriquecida por el auge del salitre; entre la nueva burguesía durante los años del boom de comienzos de 1980 y de nuevo en los últimos años.

Pero incluso entre los grupos privilegiados había sobriedad, sencillez, pacatería, o la apariencia al menos con connotadas excepciones por cierto, Isidoro Errázuriz era un tarambana y su pariente el Presidente Federico Errázuriz Echáurren también. Pero cuando Aníbal Pinto dejó la Presidencia sus amigos debieron ayudarlo a encontrar un trabajo para subsistir y poder adquirir una vivienda. Cuenta Vicuña Mackenna que enfrentado al motín del 20 de abril de 1851, de madrugada, el Presidente Bulnes desayunó un vaso de mote con huesillo que compró a un motero de la calle. Hasta la época del Gobierno de Eduardo Frei Montalva, los Presidentes de la República caminaban por la calle como cualquier ciudadano y hasta hoy con recientes excepciones se enorgullecen de vivir en sus domicilios particulares de hombres de clase media. Y no se trata sólo de figuras públicas. El hombre medio chileno ha sido, históricamente, por lo general, muy sobrio, casi exageradamente apocado.

No hemos amado lo monumental y, en estos últimos tiempos, cuando se ha intentado una iniciativa de este tipo el resultado, casi invariablemente, ha sido estéticamente deplorable. Basten como ejemplo el "templo votivo" de Maipú y en grado superlativo el edificio del Congreso Nacional en Valparaíso.

El sentimiento de aislamiento, de lejanía, de pobreza, de timidez, creo que ha tenido que ver también con la tradicional hospitalidad del chileno, la que creo que se está perdiendo. El extranjero que llegaba hasta Chile era tratado, por lo común, con gran cordialidad y a veces una generosidad ranguosa que les asombraba. Era generosidad, pero también algo de complejo de inferioridad provinciana ante este embajador el mundo que venía hasta nosotros; reflejo de la intención de mostrarle que tenemos cualidades y así era frecuente que junto con la hospitalidad se le

endilgara un discurso patrioter y chauvinista que tendía a mostrarle que Chile es lo mejor del mundo, o, al menos, tanto o mejor que su patria.

Porque, paralelamente, los chilenos hemos mostrado, un enorme amor al suelo, a esta tierra de fin de mundo que es considerada, de manera inconsciente y un tanto vanidosamente, tan hermosa como la mejor, fértil y generosa; nuestro orgullo. Pedro de Valdivia, al menos un semi chileno, y que tanto se quejó de la pobreza del país, escribía al emperador Carlos V que "haga saber a los mercaderes y gentes que se quisieran venir a avecindar que vengan, porque esta tierra es tal que para poder vivir en ella no la hay mejor en el mundo" y continuaba mientras él y sus compañeros desfallecían de pobreza "de la minas riquísimas de oro, y toda la tierra esta llena de ello", por decir lo menos, una generosa hipérbole. Más de un siglo después, el padre Rosales escribió de Santiago como "ilustre ciudad que hoy es la más lucida de las Indias por la mucha nobleza y calidad de sus habitantes", lo que ciertamente no se compadece con las noticias que tenemos de época. El Abate Molina murió pidiendo agüita de la cordillera. Ya en el siglo XIX Vicuña Mackenna, tan afrancesado como cualquiera de su generación, no dejó de comparar, a veces desventajosamente, edificios y servicios de Francia con los chilenos. Sin excesiva modestia, nuestra canción nacional nos llama "la copia feliz del edén". Este halago alcanzaba también a nuestros hombres y mujeres: al roto, al que por un lado se le despreciaba hasta el punto que se usa la palabra como adjetivo peyorativo, al mismo tiempo se le considera astuto, generoso, noble y valiente, "choro" y "tieso de mechas". A la mujer chilena se le ha considerado hermosa y abnegada, admirable, lo que no ha resultado incompatible con un machismo tradicional que abarca toda nuestra sociedad.

Comparemos, para terminar este punto, nuestro grito de amor patrio, "viva Chile mierda" con otro de otro pueblo latinoamericano con algunas características parecidas al nuestro, México. Ellos gritan "viva México hijos de la chingada" vale decir, la rajada, la violada como lo ha analizado Octavio Paz en un hermoso ensayo. Aquí quiero hacer notar, en ambos casos, la ambigüedad de la expresión de amor. Para afirmar al "viva Chile" se suma la alusión al excremento. En el caso de México se hace presente que descienden de hembras violadas, en una lejana alusión a la Conquista. En ambos casos existe la paradoja, pero es más directa en el caso chileno.

También a nuestra a nuestra historia debemos el aprecio que sentíamos por los valores militares. Chile era un país orgulloso de su pasado de éxitos militares y su Fuerzas Armadas. Algo que hoy parece haber bajado mucho de tono después de la dictadura. Se le conocía como "Chile, tierra de guerra". Efectivamente, la guerra fue un estado permanente, o al menos latente, durante los siglos coloniales, y durante el XIX apareció en nuestra historia con inusitada frecuencia: guerras civiles desde 1810 a 1818, en 1830, 1851, 1859 y 1891. En fin, guerras internacionales en las décadas de 1820, de 1830, de 1860, de 187080, todas victoriosas. Los cronistas coloniales se referían a nuestra nación como "Flandes indiano". Tulio Halperin en su conocida Historia de América Latina se refiere a Chile como una pequeña Prusia y Burr titula su libro sobre la política exterior chilena en el XIX By Reason or Force "por la razón o la fuerza", el lema de nuestro símbolo nacional por excelencia: el escudo patrio. No debemos olvidar que el libro escrito por un chileno de mayor venta en el país ha sido "Adiós al Séptimo de Línea", un canto de gesta al valor del soldado chileno, que apareció hace unos treinta y cinco años y fue leído masivamente, con devoción, sin ser una novela de valor histórico o literario apreciables.

¿Y hoy como somos? No le corresponde decirlo a un profesor de historia; pero creo que este Chile que hemos visto, se está alejando. ¿Es la globalización, el TV-cable, la internet, el viaje por aire? Sin duda, pero hay más, mucho más, lo estudiarán los historiadores del futuro.

**Cristián Gazmuri es profesor del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile*

***Artículo publicado Revista El Sábado del diario El Mercurio, 22/04/2006.*



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:

<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.

© CEME web productions 2003 -2007 